

*Pedro Gutiérrez, Pbro.*  
Profesor de Teología dogmática  
en la Facultad de Teología de  
la Universidad Católica de Chile

## SAN PABLO Y LA PATERNIDAD ESPIRITUAL UN PUNTO DE VISTA SOBRE LA AUTORIDAD PASTORAL

### INTRODUCCION. INQUIETUDES VITALES

**h**ay dos tendencias de nuestro tiempo que, siendo altamente positivas, han desembocado innegablemente en una crisis de autoridad. La primera tendencia, que representa uno de los anhelos más vivos que podemos detectar en las corrientes de nuestra época, es hacia una auténtica fraternidad humana. Es ésta una búsqueda que, con diversos matices, aflora en casi todos los grandes movimientos del pensar y del sentir contemporáneos.

Con todo su valor positivo, esta tendencia suele alimentarse del sacrificio de otro valor, que se ve como una amenaza del primero. La fraternidad tiende a construirse en base a una igualación de todos los miembros de la comunidad, la que se transforma fácilmente en nivelación, por temor —a veces basado en una dolorosa experiencia— de que la mayor importancia o influencia de algunos de ellos podría redundar en un menoscabo o en una pérdida de la igualdad.

Ese hecho es reforzado por otra tendencia muy propia de nuestro siglo. Nuestro mundo busca la madurez de los adultos y, por eso, se alza contra toda imposición no justificada. En todo orden de cosas buscamos el propio convencimiento, y buscamos liberarnos de cualquier presión extraña a él. Se diría que, así como el adolescente cuando comienza a tomar conciencia de sí mismo rechaza el dominio de otros sobre sí, la humanidad —que, considerada en su totalidad, va avanzando hacia una mayor personalización, en la que cada individuo se siente capaz de autodeterminarse— tiende a liberarse de todo yugo que pudiera poner a prueba su autonomía. Es evidente que nos encontramos ante una señal de crecimiento, aun cuando muchas veces llegue a revestir caracteres de rebeldía.

Pero hay que reconocerlo: si muchas veces hoy en día estas dos tendencias llevan con fuerza a suprimir tanto la posición como el dominio de una autoridad, es por reacción contra un ejercicio exagerado de ella. Es como el adolescente, que no sólo quiere afirmarse a sí mismo porque llega el momento de regirse solo, sino que además, habiendo sufrido la tiranía de un padre arbitrario, a la tendencia espon-

tánea hacia la autonomía, sumará el peso de un violento rechazo a todo lo que justa o injustamente pretenda sobreponerse a su libre decisión.

Siglos de una autoridad ejercida en forma absoluta, como si velara por personas carentes de libertad y responsabilidad, han condicionado en nuestro mundo de hoy una actitud de cansancio frente a la autoridad y una fuerte tendencia a la libertad, tal vez a la anarquía. Pero en forma correlativa, también la autoridad misma está en crisis, no encontrando muchas veces su verdadero papel. O bien afirma más aún, en la práctica, su rasgo de absolutismo, o bien se desliga de su responsabilidad, dejando que todo suceda espontáneamente, según las iniciativas individuales, marginando su acción directiva y unificadora.

¿Podría ser la Iglesia extraña a estos procesos? También en su seno se dejan sentir aquéllas dos tendencias señaladas. No sólo porque, tarde o temprano, ella sabe abrirse a las justas aspiraciones de los hombres, sino también porque, nutridas sus filas con esos mismos hombres, vive las mismas luchas, búsquedas y también las mismas debilidades que los afectan.

Anhelo de fraternidad, nada más conforme con la estructura que su Fundador le imprimió. Dignidad y libertad de cada persona, nada más conforme con la condición de hijos de Dios de que gozan sus miembros. Y sin embargo, porque también la Iglesia sufrió la huella de una autoridad que hizo sentir el peso de su poder, también en ella la búsqueda de la fraternidad suele dejarse llevar del vértigo hacia la nivelación, que algunos llaman "horizontalidad"; la búsqueda de la madurez se acompaña de un rechazo casi instintivo a toda iniciativa que venga desde arriba, o sea, nuevamente, "horizontalidad", rechazo a las líneas verticales.

No cabe duda que nos encontramos en un vaivén histórico en el que también la Iglesia se ve envuelta y que la afecta en un punto álgido: la autoridad. La autoridad en cuanto ejercida y en cuanto recibida. Es ante todo a la autoridad en cuanto ejercida que quisiéramos referirnos en estas líneas, considerando que, si es ella la que ha desencadenado una crisis, será también a partir de ella y en ella que deberá abrirse paso la solución. De lo contrario, sólo se ahondaría en el problema y también aquéllas dos inquietudes contemporáneas se verían frustradas. No tener autoridades verdaderas significaría no tener pastores capaces de construir la comunidad fraternal, ni educadores de las personalidades maduras en base a la fe, que la Iglesia necesita.

Es evidente que tal crisis concierne a la jerarquía, obispos y sacerdotes, tanto en la comprensión que ellos tienen de sí mismos, como en la imagen que los demás se forman de ellos. Nivelación, horizontalidad, temor al paternalismo, clericalismo, derivan en gran parte de un ejercicio debilitado o exagerado de la misión y potestad sacerdotales.

Es necesario llegar a una síntesis, por eso, que en forma vital realice el verdadero sentido y los límites de la autoridad sacerdotal.

En un momento histórico de tantas interrogantes como es el actual, para lograr la síntesis adecuada y el verdadero equilibrio, es más que nunca necesaria la fidelidad a la Palabra de Dios. Es necesario redescubrir y ahondar el sentido de la autoridad como Dios la ha pensado para su pueblo que es la Iglesia, con el fin de aplicarla al momento que ella vive hoy.

No pretendemos aquí dar respuesta a todas las preguntas que plantea la existencia de la autoridad. Pero llevados por el deseo de descubrir la intención de Dios respecto de ella en la Iglesia, quisiéramos, frente a las preguntas esbozadas, contraponer la imagen de la autoridad pastoral que presenta San Pablo. En él se revela con original nitidez el deseo de Dios antes mencionado.

Ahora bien, Pablo describe, define y defiende su autoridad bajo la imagen de la paternidad. Y aunque a primera vista tal descripción podría despertar el temor de que entonces la autoridad vuelva a revestir las características tan inadecuadas del paternalismo, nos proponemos mostrar que en realidad no sólo se contraponen claramente a él, sino que además, la autoridad así comprendida es el mejor seguro para que en la comunidad cristiana se realicen aquéllas dos aspiraciones modernas que hemos señalado brevemente.

En tres puntos quisiéramos presentar el fundamento o el origen, el modo y los fines a que se orienta la autoridad paternal de San Pablo, para sintetizar luego el aporte que ella significa frente a las interrogantes de hoy.

## I. LA PALABRA DE VIDA

Si San Pablo tiene una clara conciencia de su autoridad, es porque se sabe depositario y portavoz de la Palabra de Dios. En relación a ella definirá su ministerio:

“Si alguno está en Cristo, es una nueva creación: lo antiguo pasó, algo nuevo devino. Y todo esto viene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo, y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación. Porque Dios en Cristo se reconciliaba el mundo, no teniendo más en cuenta las faltas de los hombres y depositaba en nosotros la palabra de la reconciliación. Por tanto somos representantes de Cristo, como si Dios exhortara por nosotros” (II Cor. 5, 17-20).

Partiendo de este texto, podemos afirmar con San Pablo tres cosas.

1. En primer lugar, la misión que recibe el Apóstol consiste en hablar a nombre de Dios. La misma iniciativa divina que determinó llamar a los hombres a la paz, reconciliándolos consigo en Cristo, concibió el ministerio apostólico. Dios ha confiado, literalmente, ha depositado su Palabra en el Apóstol. Así como Dios había puesto sus palabras en labios del profeta Jeremías (Jer. 9, 1) de tal modo que éste podía ser considerado la “Boca de Dios” (Jer. 15, 19), Pablo no habla a nombre propio, sino que es Dios quien se expresa por sus labios (1); su palabra es “palabra de Dios por una boca humana” (2). Así lo declara el mismo Apóstol

---

(1) C. Spicq, *Théologie Morale du Nouveau Testament I*, Paris, 1965, p. 243.

(2) H. Schlier, “La notion paulinienne de la Parole de Dieu”, en *Recherches Bibliques V*, Bruges, 1960, p. 129.

a los Tesalonicenses: "La Palabra de Dios que proclamamos, la habéis acogido no como palabra humana, sino como lo es realmente, como Palabra de Dios" (I Tes. 2, 13).

2. Ahora bien, esta Palabra que Dios quiere decir a través del Apóstol es una *Palabra de vida* (Fil. 2, 16). Es expresión e instrumento de la voluntad salvífica de Dios. Anuncia el acontecimiento de salvación, realizado en Cristo. Aquél acontecimiento era el llamado apremiante de Dios a la paz con El, no una paz muerta, sino un encuentro de amor: "El amor de Cristo nos apremia, al considerar que, si murió por todos, entonces, todos están muertos: pues murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí mismos, sino para aquél que murió y resucitó por ellos" (II Co. 5, 14-15). Este acontecimiento significó la transformación de la relación de los hombres con Dios, de enemistad en amistad (Rom. 5, 10), paso de la muerte a la vida (Rom. 6, 11). Al encargar al Apóstol la proclamación de este hecho, Dios no pretende únicamente informar de algo ocurrido en el pasado; quiere integrar a los hombres en la nueva creación.

San Pablo establece un paralelismo estricto, en el texto arriba citado, entre el misterio histórico de la salvación y el anuncio de este misterio en la predicación. En un mismo ímpetu creador, Dios perdona y atrae a los hombres a través de Cristo crucificado y deposita en el Apóstol el mensaje de reconciliación. Más que de paralelismo podríamos hablar de identidad entre los dos sucesos. Cada vez que la palabra apostólica, anunciando aquél acontecimiento llega a los hombres, se renueva "el tiempo favorable, el día de la salvación" (II Cor. 6, 2). Anunciándolo, el Apóstol prolonga el acontecimiento salvífico del Calvario, proyectándolo a todos los tiempos y a todas las personas (3).

El mismo pensamiento se expresa en el comienzo de la Epístola a Tito. La promesa de vida que Dios había hecho eternamente, antes de los tiempos, la ha manifestado en el tiempo presente por el anuncio del Apóstol (Tito 1, 2-3). Esta promesa cumplida, es la Palabra del Dios salvador (ibid.). El acento está puesto fuertemente en el valor del ministerio de proclamación como medio de salvación, de tal manera que el acontecimiento mismo, que es su contenido —la muerte redentora de Cristo— permanece subentendido en ese texto, porque ahora es en la palabra apostólica donde se toma contacto con él.

La palabra del Apóstol es, por tanto, fuerza divina que comunica la salvación a los que la acogen por la fe (Rom. 1, 16; I Cor. 1, 18). Acoger al Cristo mediador y redentor, adherir a El por la fe, resucitando de los pecados e incorporándose a su vida, es haber acogido el Evangelio y adherir a él (Cf. I Cor. 15, 1-17; Rom. 10, 5-17). La palabra de vida no sólo anuncia la vida, sino que la contiene y la comunica (4).

3. De lo dicho se desprende que Dios envía a sus mensajeros para *transmitir* la vida de su Hijo, para atraer a los hombres hacia la adopción filial y concedérsela.

(3) C. Spicq, *Les Epîtres Pastorales*, Paris, 1947, pp. 223-228.

(4) H. Schlier, "La notion paulinienne...", p. 134. R. Bultmann, en Kittel, *ThWNT II*, pp. 868-869.

Así Pablo dirá a los Corintios: "En Cristo Jesús, por el Evangelio, yo os engendré" (I Cor. 4, 15). Por consiguiente, la autoridad que tiene, y que hace valer ante ellos es la de un padre: "Si tenéis muchos pedagogos, no tenéis muchos padres..." (ibíd.), lo que equivale a decirles que sólo él tiene frente a ellos esa posición. Autoridad verdadera, que se refiere a la realidad misma de cristianos de los fieles, desde su raíz: "Yo planté... Yo puse el fundamento" (I Cor. 3, 6 y 10). Autoridad que tiene su origen directamente en Dios: "según la parte que el Señor ha dado... según la gracia que me fue dada..." (I Cor. 3, 5 y 10).

Al confiarles su palabra, Dios envía a sus ministros como representantes con pleno poder. Poder que es el eco de la fuerza misma creadora de Dios, cuyo fin es la creación, cuyo término es siempre aumento de la vida: "Y si es necesario, haré valer nuestro poder (= nuestra autoridad, *exousía*), ese poder que el Señor nos ha dado, para vuestra edificación y no para vuestra ruina" (II Cor. 10, 8; cf. 13, 10).

Podemos, pues, decir que la autoridad de Pablo es paternal, y se funda en el hecho de ser representante e instrumento de Dios, en cuanto es Padre y comunica a los hombres la vida de su Hijo, por la Palabra de vida.

## II. PALABRA HECHA VIDA

La fidelidad con que San Pablo se entrega al ministerio que Dios le ha confiado prueba su convencimiento de que Dios, junto con pronunciar por él la palabra salvífica del Evangelio, quiere manifestarse a través de su persona y de toda su vida. Dijimos que Pablo ve en la Palabra de Dios el centro de su ministerio. Pero ve en este último el sentido y la razón de su existencia entera. Dice a los Tesalonicenses: "Habríamos querido comunicaros, al mismo tiempo que el Evangelio de Dios, también nuestra propia vida" (I Tes. 2, 8).

Su comportamiento entero está al servicio de su misión: "Puesto que Dios nos confió el Evangelio, después de habernos probado, predicamos, en consecuencia, buscando agradar no a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones." (I Tes. 2, 4). Frecuentemente apelará a su conducta para probar la autenticidad de su envío divino: "No damos a nadie motivo de escándalo, para que nuestro ministerio no sea criticado. Por el contrario, en todo nos presentamos como ministros de Dios..." (II Cor. 6, 3-4).

Pablo reflejará la actitud de Dios frente a los hombres, que es el objeto de su anuncio.

En primer lugar, porque antes de anunciar la Palabra de vida, destinada a transformar a los que la reciben, se ha dejado transformar por ella. Busca una coherencia total entre lo que dice y lo que su persona refleja.

Pero además porque esa es la forma en que Dios actúa. Palabra y acontecimiento constituyen una unidad, y en ese acontecimiento sus mensajeros están implicados vitalmente. Es imposible ignorar la relación de esa actitud de Pablo con la noción bíblica de la Palabra de Dios, de la cual él también participa. Cuando Dios habla, sus palabras se realizan. Si contienen una promesa, ella no tardará en hallar

cumplimiento; si contienen un imperativo, la ejecución de él es inmediata: "Porque dijo El y fue hecho; mandó y así fue" (Salmo 33, 9; cf. Sab. 9, 1; 18, 15). Para la mentalidad hebrea la palabra —y más que nada tratándose de la de Dios— no encierra sólo un contenido noético, de conocimiento, es una realidad dinámica, una fuerza que se despliega en acción (5). Así, el universo, los astros, la creación entera son palabra de Dios, que permiten conocer algo de él (Salmo 33, 6; 19, 2; Sab. 13, 1-9; Rom. 1, 20). Pero, en esta perspectiva, es sobre todo la historia de la salvación la que constituye la verdadera comunicación y revelación del Dios trascendente. Baste recordar que la revelación del nombre y de la gloria de Dios ofrecida a Moisés, se identifica con la acción de Dios en favor de su pueblo (Exod. 3 y 33-34). Esclarecida por la palabra profética, la gesta de Dios con su pueblo, la historia misma, es la comunicación y revelación del Dios presente, misericordioso y fiel. En este esclarecimiento profético, el carismático no sólo habla, sino que actúa a nombre de Dios (6). La palabra definitiva de Dios en esta historia, que concierne a toda la humanidad, será su Hijo (Hbr. 1, 1; Jn. 1, 14) que siendo como el resplandor de su gloria, puede revelarlo, no en primer lugar por su voz, sino ante todo por su vida y por su ser. Como dirá San Juan: quien ve al Hijo, ve al Padre (Jn. 14, 7).

Para Pablo, la revelación más clara y el lenguaje más elocuente acerca del amor de Dios —que es en último término lo que El quiere revelar— es un hecho concreto: la muerte de Cristo en la cruz (Rom. 5, 8). Dios manifiesta su elección y su amor por los hombres a través de una persona que actúa: Cristo crucificado. El es la sabiduría de Dios, contenida en la "Palabra de la cruz" (I Cor. 1, 18-24). Así, la encarnación redentora es propiamente la manifestación del Dios invisible. La palabra predicada ayuda a penetrar el significado real de ella.

En esa misma perspectiva, de revelación de Dios a través de una realidad viva, se sitúa Pablo al vincular inseparablemente su conducta personal al ministerio de la Palabra. Para que la vida que administra actúe en los fieles (II Cor. 4, 12) es necesario que él en su cuerpo, en su carne mortal manifieste la vida de Jesús (II Cor. 4, 10 y 11). Lo contrario sería adulterar la Palabra de Dios (II Cor. 4, 2; cf. 2, 17). Haciendo alusión a esta Palabra en la creación, afirma que la misma gloria del Padre que resplandeció en Cristo, imagen de Dios, se encuentra en su corazón, "para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios" (II Cor. 4, 4-6).

De lo dicho, se desprende que Pablo se identifica con la Persona a quien representa, y que esto es lo que Dios espera de él, al confiarle el ministerio y la autoridad que él comporta.

Según el modelo de Cristo (I Cor. 11, 1), Pablo sabrá reflejar los sentimientos del Dios que por iniciativa libre de amor llama a su reino y a su gloria (I Tes. 2, 12). La actitud de Dios, que le confiere el poder, determinará esencialmente el modo en que hará uso de él. Pudiendo hacer sentir todo el peso de su dignidad de Apóstol, se muestra, por el contrario, afable entre los fieles, con la

(5) O. Procksch, en Kittel, *ThWNT IV*, pp. 90-91.

(6) P. Benoit, "Révélation et Inspiration", en *Revue Biblique* 70 (1963), pp. 321-370. Cf. pp. 340 y 344.

ternura de una madre (I Tes. 2, 6-7) expresión que alude a los sentimientos de Dios revelados con frecuencia por los profetas (7).

Para Pablo, la actitud paternal que tuvo frente a los fieles de Tesalónica, fue el signo inconfundible de que su palabra llevaba el sello y la fuerza, el espíritu de Dios: "Vosotros lo sabéis: como un padre con sus hijos, a cada uno de vosotros, os hemos dirigido, alentado, estimulado para que vuestra vida se adecúe al Dios que os llama..." (I Tes. 2, 11-12). El análisis detallado de los primeros capítulos de esa carta, muestra que esta expresión responde a la afirmación que Pablo hacía al comienzo: "Nuestro Evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino en fuerza, en espíritu santo y en toda plenitud" (I Tes. 1, 5), para probar lo cual, Pablo recuerda a los fieles su propia actitud frente a ellos: "pues bien sabéis cómo nos mostramos hacia vosotros" (ibíd.). Esa actitud no es otra que la donación paternal a que hace alusión en el texto que citamos.

Entonces, el Apóstol no sólo es instrumento de la paternidad de Dios para llevar su vida a los hombres y desarrollarla mediante la predicación del Evangelio; está también llamado a representarlo entre los hombres, transparentando su actitud, con lo cual prolonga a Cristo en la tierra. Es lo que Pablo expresa al comienzo de su segunda carta a los Corintios: Alaba al Padre, de quien procede toda manifestación de misericordia (8), porque ha recibido consuelo de él en sus tribulaciones (II Cor. 1, 3). Pero señala inmediatamente qué se proponía Dios al hacerle ese don: "a fin de que, por el consuelo que nosotros recibimos de Dios, podamos consolar a los demás en cualquier aflicción que se encuentren" (v. 4). Ese consuelo (*paráklesis*) es una manifestación eminente del amor paternal de Dios (Cf. II Tes. 2, 16). Pablo identifica casi el consuelo que él recibe de Dios y aquél que, a su vez, él ha de dar a los fieles; consuela por medio de (*diá* instrumental, según el griego) el consuelo que no cesa de recibir de Dios. Por lo tanto, Pablo recibe directamente el consuelo de Dios, en Cristo. A los demás, Dios les da este don a través de su enviado. El Apóstol es, pues, instrumento del amor misericordioso del Padre de los cielos, así como lo es de su Palabra vivificadora. Está al servicio del fin perseguido por la encarnación del Verbo: por medio de lo sensible y cercano, significar al Dios invisible.

Concluimos de lo dicho que, no sólo la autoridad de Pablo es paternal, sino que según la intención de Dios, también el modo de ella ha de serlo. Nos resta aún indicar, en relación a los frutos que persigue, qué es esta actitud paternal.

### III. SERVICIO A LA VIDA

La autoridad pastoral tiene su origen y su modelo en Dios, cuyo deseo e interés no es oprimir a los hombres, sino comunicar vida (Ezeq. 18, 32; 33, 11; Rom. 4, 17; I Tim. 6, 13). Su propósito es que todos los hombres, reproduciendo la

(7) En particular, Is. 66, 11; 49, 15; Os. 11, 3-4; cf. Nm. 11, 12.

(8) Sobre la traducción de los genitivos en ese texto cf. R. Bultmann, en Kittel, *ThWNT* V, p. 162, 37.

imagen de su Hijo (Rom. 8, 29) tengan acceso a él: los reúne, pues, en una sola familia de hermanos de Cristo (Rom. 8, 29; Ef. 2, 18-19), cuya vida es la vida de Dios mismo (Ef. 2, 22; I Cor. 3, 17; II Cor. 6, 16). Es el Padre de todos, que está sobre todos, pero que actúa en todos y a través de todos (Ef. 4, 6; cf. I Cor. 8, 6). Como dirá la teología, siendo el principio —o primer motor— de todo cuanto actúa, rige todas las cosas “suaviter”, orientándolas según su propia disposición hacia él mismo.

No es difícil descubrir, leyendo las cartas de San Pablo, que su actividad entre los fieles se injerta en ese mismo ritmo y orientación de la actividad divina. Está en función del nacimiento de los hombres a la vida de Cristo, de su crecimiento en esa vida, y de la edificación de la comunidad de hermanos. El ministerio que Dios le ha dado no es para él, en primer lugar una dignidad, sino un servicio, al cual se entrega con olvido de sí mismo.

En este servicio a la vida hay como un doble aspecto, o dos movimientos, que aunque aparentemente opuestos, deben ir unidos: una iniciativa, o una intervención; por otra parte un desaparecer, para que aparezcan los suyos, su comunidad, para que aparezca sobre todo el Dios de vida. Dos movimientos distintos, pero no separables, que cristalizan en las dos actitudes básicas del amor y del respeto, apoyadas respectivamente por la responsabilidad y la humildad. Ese primer movimiento va a dar respuesta más bien a la búsqueda de la fraternidad, el otro, mostrará que en la paternidad pastoral no hay amenaza a la madurez de cada uno, sino al contrario, verdadera promoción de todos.

1. En cuanto a lo primero, Pablo, para ejercer su responsabilidad por la vida de los fieles, sabe tomar el lugar que le corresponde. El, que ha recibido de Dios el encargo de hacer llegar su Palabra a los hombres, no se puede dispensar de hablar (I Cor. 9, 16). Así reúne, edifica la comunidad transmitiendo a sus miembros la vida divina, y haciéndolos progresar en ella. No descansará mientras la Palabra del Evangelio no los haya transformado plenamente en Cristo: “Hijitos míos, a quienes nuevamente doy a luz en el dolor, hasta que Cristo haya tomado forma en vosotros” (Gal. 4, 19). Cuántas veces lo vemos interesarse (II Cor. 11, 29), intervenir (I Tes. 3, 1-5), exhortar (I Cor. 1, 10), orientar (I Cor. 10, 1 y 14), advertir (I Cor. 11, 27-30), pedir (Fil. 2, 1), reprender (I Cor. 4, 14), amenazar (I Cor. 4, 21; II Cor. 12, 20), incluso castigar (I Cor. 5, 5), pero también felicitar y alabar (I Tes. 1, 7; Fil. 2, 12; II Cor. 7, 4 y 16; I Cor. 11, 2).

Una vez constituida la comunidad, es necesario que alguien sea realmente el centro vital de ella, que posibilite su unidad real. En este sentido, Pablo no teme poner al centro su persona: podrá exigir que se le imite (I Cor. 4, 16; Fil. 3, 17 y 4, 9) basándose en la real semejanza que ha adquirido a Cristo y al Padre, porque en él la Palabra se ha hecho vida (Cf. I Cor. 11, 1). Al manifestar abiertamente su amor por todos (I Cor. 9, 19 y 22) y por cada uno (I Tes. 2, 11), Pablo pedirá ser correspondido: “Nuestro corazón se os abrió plenamente. No estáis a lo estrecho en nosotros; es en vuestros propios corazones que estáis a lo estrecho. Os hablo como a hijos que sois; dadnos el mismo trato, abridnos también ampliamente vuestros corazones” (II Cor. 6, 11-12). La misma idea se repite poco después: “Lo que busco no son vuestros bienes, sino vosotros mismos. No es tarea de los

hijos acumular bienes para los padres, sino de los padres frente a sus hijos. Por mi parte, yo consumiría bienes y me consumiría a mí mismo enteramente por vosotros. ¿Ha de suceder que, amándoos más, deba recibir menos amor?" (II Cor. 12, 14-15). Pablo sabe que, uniendo a los fieles con su persona, los une al Señor, a quien representa, les da la posibilidad de unirse de veras entre ellos. Si no hay quien asuma el lugar del Padre, como transparente de él, que es el que une en el amor, difícilmente habrá fraternidad real. Y en esto vemos que la paternidad ejercida por Pablo, responde a la búsqueda de la unidad fraternal.

La comunidad cristiana es, por deseo de Dios, una comunidad de hermanos, unidos por la fe en el amor de un mismo Padre. Pero no basta que lo sea de hecho, por la presencia de la vida de Cristo en cada uno de sus miembros. Es necesario que llegue a serlo consciente y vitalmente. Para eso no basta el existir unos al lado de los demás en la Iglesia; ha de haber un verdadero amor que los una a todos. Pablo llamará constantemente a vivir en ese espíritu (I Tes. 4, 9-11; Col. 3, 14), pero ciertamente que el medio más eficaz en sus manos para alimentarlo es el aprecio que él mismo demuestra por cada uno: este aprecio será capaz de hacer que se sobrepasen las diferencias personales, para encontrar la unidad. Así actuará frente a la comunidad de Corinto, frente a Evodia y Sintique (Fil. 4, 2), o para reconciliar a Filemón con Onésimo.

Todo esto supone que el Apóstol es capaz de amar "con el celo de Dios" (II Cor. 11, 2), sin acepción de personas (Rom. 2, 11), dando a cada uno lo suyo: "Me hago débil con los débiles, para ganar a los débiles; me hago todo para todos, para salvarlos a todos" (I Cor. 9, 22). Su solicitud cotidiana es la comunidad (II Cor. 11, 28), su tranquilidad es saber que los fieles están firmes en el Señor (I Tes. 3, 8).

2. Junto con eso, hay en el Apóstol otro movimiento, otra actitud, y es la de un extraordinario respeto frente a la vida que ha comunicado a los fieles, lo cual revela en él una profunda humildad.

En primer lugar sabe que esta vida no proviene de él mismo, ni termina en él, sino del Padre supremo, de quien procede toda familia (Ef. 3, 14-15). Paternidad, incluso cuando le exige ser el centro de la comunidad, no es para Pablo una dignidad. Su conciencia está penetrada del temor reverencial frente al Dios a quien representa. Ante El dobla sus rodillas, en adoración, viendo lo que ha obrado por su intermedio (Ef. 3, 14). Si suprimiera esa actitud, en vez de edificar, destruiría.

Pero también nace su actitud de respeto ante el hecho que la vida que transmite, si bien no se desarrollará sin su cooperación, tiene una dinámica propia: la Palabra de Dios, semilla de vida, actúa por sí misma en los fieles (I Tes. 2, 13). Así, Pablo, siguiendo la pedagogía de Dios mismo, educa y conduce en un ambiente de libertad. No quiere violentar ni "dominar" la fe de los suyos (II Cor. 1, 24), sino promover la respuesta libre de cada uno a Dios. Cada uno debe poder juzgar lo que agrada al Señor (Ef. 5, 10), examinarse a sí mismo (I Cor. 11, 28; II Cor. 13, 5) y sus obras (Gal. 6, 4), en toda circunstancia (I Tes. 5, 21; Rom. 12, 2; 14, 22). No busca imponer, sino convencer. Como ejemplo, basta una de las frases de su carta a Filemón: "Por eso, aunque tendría plena libertad en Cristo para ordenarte lo que es justo, prefiero sin embargo apelar a tu caridad y presentarte un pedido" (v. 8).

El deseo de Pablo es que los fieles lleguen a ser cristianos maduros (Cf. I Cor. 3, 1-3), fin al que se orientan todos sus esfuerzos: "Anunciamos a Cristo, amonestando a todos los hombres, e instruyéndolos en toda sabiduría, a fin de presentarlos a todos perfectos en Cristo, por lo cual me fatigo luchando con la energía de su fuerza, que obra poderosamente en mí" (Col. 1, 28-29).

Sin la pedagogía paternal de alguien en la comunidad, no se obtendría ese crecimiento, aun cuando él deba proceder de la fe libre y personal de cada uno. En particular, la mediación paternal del Apóstol, en cuanto transparente de Dios, facilita un encuentro personal con el Dios personal, raíz de la cual ha de surgir una personalidad cristiana acabada: "Todo es vuestro, sea Pablo, ... sea el mundo, sea la vida... y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios" (I Cor. 3, 22; cf. II Cor. 11, 1-2).

Así, el fruto del acercamiento de Pablo a los creyentes "como un padre" (I Tes. 2, 11) es su perfección verdadera en Cristo: "Que el mismo Dios y Padre nuestro y nuestro Señor Jesucristo dirija hacia vosotros nuestros pasos, y os acreciente y haga abundar en caridad de unos con otros y con todos, lo mismo que la hemos tenido nosotros por vosotros, a fin de fortalecer vuestros corazones y haceros irreprehensibles en la santidad ante Dios, Padre nuestro, en la venida de nuestro Señor Jesús con todos sus santos" ... "Pues, ¿cuál ha de ser nuestra esperanza, nuestro gozo, nuestra corona de gloria ante nuestro Señor Jesucristo a su venida? ¿No sois vosotros? Ciertamente, vosotros sois nuestra gloria y nuestro gozo" (I Tes. 3, 11-13; 2, 19-20).

## CONCLUSION

La forma en que San Pablo ejerció su autoridad —es decir, como un padre, instrumento del Padre de los Cielos— parece esbozar una respuesta, y una respuesta del Espíritu, a las inquietudes e interrogantes actuales en torno a la autoridad pastoral. No sólo su fundamento profundo y su carácter, sino también los frutos de ella se aclaran bajo su concepto de paternidad espiritual, de tal modo que se muestra que ésta es el mejor seguro y la garantía para la edificación de la comunidad fraternal cristiana, sobre la base de personalidades cristianas perfectas.

En el momento actual, es imprescindible distinguir claramente esta noción de paternidad sacerdotal, que no es una dignidad o título externo, sino una función verdadera dada por Dios, de cualquier idea o forma de "paternalismo". Este consiste en una acentuación excesiva de la autoridad, que bajo la apariencia del amor a la comunidad, lo que procura es mantenerse en su lugar, para satisfacer sus necesidades o su apego al poder y a la dignidad. De ahí que considera a los otros "como menores destinados a seguir siendo menores y cuyas potencialidades quedan absorbidas por el que domina" (9). En el mejor de los casos, la base de esa actitud es una desconfianza en las capacidades de aquéllos a quienes se gobierna. O si no, una falta de visión que hace imposible captar la mayor perfección de un orden al cual todos contribuyen responsablemente, ejerciendo su condición de persona hu-

(9) P. Badin, "Espíritu paternal y Paternalismo", en *Paternidad y Virilidad* (Groupe Lyonnais), Ed. Razón y Fe, Madrid, 1965, p. 187.

mana, frente al mismo orden, pero obtenido sólo porque la autoridad determina y dirige todo, pero donde no hay ejercicio de la responsabilidad personal de los miembros. En el caso de la comunidad cristiana, el paternalismo significaría una desconfianza en que exista animación y acción del Espíritu Santo en todos sus miembros. Es la oposición a una verdadera actitud instrumental frente a Dios, que fue censurada por el Señor al decir: "No llaméis padre a nadie sobre la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre, el de los cielos... El más grande de vosotros sea vuestro servidor" (Mt. 23, 9-11) (10).

Pero también se distingue esta paternidad instrumental ejercida por San Pablo, de toda concepción meramente "horizontal" de la comunidad. La Iglesia es una familia; la familia de los hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, y en ella, el Padre de todos, que está sobre todos, ejerce su paternidad y se hace presente a través de algunos de sus miembros, así como se hizo presente a través de su Hijo Jesucristo: "Sois familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús... A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo... El constituyó a los unos apóstoles, a los otros profetas... para la edificación del cuerpo de Cristo, para que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo" (Ef. 2, 19-20; 4, 7 y 11-13).

Creemos que la concepción de la autoridad bajo el punto de vista de la paternidad instrumental, permite evitar esos dos extremos, que nada tienen que ver con la realidad de la Iglesia que Jesucristo ha fundado. Para Pablo, el que posee autoridad en ella es instrumento de Dios mismo, para comunicar su vida, y por lo tanto, ha de estar siempre en dependencia viva y humilde de El; esa dependencia lo constituye en representante de Dios entre los hombres y lo llevará a perseguir que, en el encuentro con él, los hombres se encuentren con el Dios vivo, se unan a El, y logren la verdadera unidad entre ellos.

Lo que esta función paternal implica y exige de aquél que la ejerce no es reductible a una fórmula estereotipada, capaz de ser desmembrada en una serie de reglas de conducta. Ha de nacer y crecer más bien del convencimiento de ser representante del Padre, en Cristo (II Cor. 5, 20) para atraer a la casa paterna a los hijos bienamados de Dios (I Tes. 1, 4). Su nervio vital es el amor abnegado, ese amor derramado por el Espíritu en el corazón del hombre (Rom. 5, 5), que ha de ser como un canal a través del cual el celo mismo de Dios pueda alcanzar y atraer a otros (II Cor. 11, 2). En el fondo, no será el enviado quien viva, sino Cristo vivirá en él (Gal. 2, 20), ese Cristo que, sin negar su posición y su responsabilidad de Maestro y Señor, se entrega al servicio de todos (Jn. 13, 13-14), que tomando su lugar de Pastor, da la vida por sus ovejas, para que tengan vida, y la tengan en abundancia (Jn. 10, 10-11).

(10) Esta frase del Señor no niega la participación que Dios confiere a hombres en su propia paternidad, sino que advierte que, siendo Dios el único Padre, no puede haber paternidad humana verdadera, donde la actitud básica es el orgullo. Con tal actitud se corta todo contacto entre el instrumento y la causa principal. Por el orgullo, el hombre pretende constituirse en principio de lo que no puede comunicar por sí mismo.